

Quare mors inmatura vagatur?

Es bien sabido que las preguntas de los clásicos aceptan diferentes respuestas en diferentes momentos y lugares. Cada uno de nosotros las responde, de hecho, de diferente manera a lo largo de su vida. Lucrecio se hacía la pregunta de por qué la muerte puede llegar antes de tiempo en un contexto crucial para él, en el pasaje donde discute la imperfección del mundo: *quare mors inmatura vagatur?* (*De rerum natura* V, 221) ¿Qué sentido puede tener una muerte prematura? Si no se cree en una voluntad superior y relativamente caprichosa como eran los dioses de su tiempo, ¿cómo adjudicar a la Naturaleza (con mayúsculas) y a la Razón (con mayúsculas también), las dos fuerzas rectoras en las que creía Lucrecio, algo absurdo, inútil y doloroso como lo es la muerte temprana? Si Lucrecio viviera hoy, sería un poeta con gran afición a la ciencia o un científico con gran afición a la poesía, y daría lo mismo excepto tal vez porque en un caso u otro elegiría un tipo de discurso diferente para comunicarse. Sabría hoy, de cualquier manera, que la Naturaleza se equivoca. Simple y llanamente se equivoca, un privilegio que no pueden darse los dioses antiguos ni modernos. Hace ya una década sabemos que el código genético está formado por “frases” con sentido y segmentos incoherentes, balbuceos sin ningún contenido, mezclados. En nuestra propia fábrica, en nuestro entramado más profundo, hay retahilas estúpidas que no tienen ninguna función. La Naturaleza, comienzan a crear los físicos actuales, no es un edificio perfecto en el que cada pieza sostiene a las demás: tan fuerte como esa gran fuerza que mantiene unidas a las cosas es otra fuerza sin sentido, el caos. Es gracioso que le hayan puesto un nombre tan hesiódico, pero es al fin y al cabo anecdótico. La idea es la misma que ya bordeaba Lucrecio: tanto a un nivel elevado como a ras de suelo, hay errores en la construcción del mundo. Hoy en día, Lucrecio, este poeta-científico o científico-poeta, se podría dar, pues, una respuesta: la muerte prematura vaga entre nosotros porque forma parte de la estupidez de la naturaleza, es un error como lo es el sufrimiento; es improductiva, es una tontería en la que la fuerza regente de las cosas (que es como debería traducirse la *rerum natura*) demuestra su triste capacidad de equivocarse.

La muerte prematura de Mauricio Fernandez Nuin es un error de la Naturaleza, uno de esos segmentos balbucientes sin sentido. No tiene sentido ni hay que buscárselo. Pero las “frases” adyacentes sí lo tuvieron, y muy a nuestro

pesar, o quizá para nuestro consuelo, deben seguir teniéndolo. Mauricio era un joven vital y con sentido, con madurez y con talento. A su llegada a Salamanca contaba con una muy buena formación literaria, y con una formación lingüística más escasa, no acorde con su experiencia cultural. En unos meses de intensísimo trabajo mejoró notablemente esas capacidades, ayudado por todos los instrumentos que tenía a la mano. Para su trabajo de fin de máster le sugerí varias opciones, y él de inmediato eligió el que le podía ayudar a mejorar sus capacidades filológicas y también el más exigente: el comentario de un texto literario. Le ofrecí, además, un texto muy poco conocido y del que no había tan siquiera una traducción española, los poemas líricos de Mesomedes. En un par de meses, Mauricio se había hecho una idea de la literatura griega de la época de los Antoninos y se había dado a la tarea de traducir los textos de Mesomedes. Luego comenzó a traer a mi despacho, siguiendo un calendario estricto, el comentario de los poemas, que implicaba la consulta de una gran cantidad de material literario y lingüístico, y sobre todo, lo que es más interesante en un comentario, una serie de cuestiones de *realia* de todo tipo, desde cómo funcionaba un reloj de sol hasta cómo se fabricaba el vidrio o cómo se representaban las aves en los mosaicos o cómo se pescaban las esponjas. Y por supuesto la métrica, la lengua, el estilo de los poemas, los problemas de transmisión del texto, cuestiones en las que Mauricio comenzó a dialogar críticamente con los filólogos que se habían ocupado de ellos, desde Wilamowitz hasta Whitmarsh. Los poemas conservados de Mesomedes son un reto para cualquier filólogo, al punto de que no hay, a fecha de hoy, un comentario completo de este autor. Lo habrá en el futuro, si alguno de mis estudiantes completa el trabajo de Mauricio, dándole, por supuesto, el crédito correspondiente. Es algo que sin duda a Mauricio le gustaría, porque para su tesis doctoral ya estábamos mucho más lejos, planeando una edición y comentario de una selección de textos líricos postclásicos mucho más extensa, que incluyera textos en papiro e inscripciones descubiertos más recientemente. Habíamos discutido el proyecto varias veces y teníamos planeadas incluso las estancias de investigación necesarias para llevarlo a cabo. Mauricio se emocionaba ante la perspectiva de trabajar con Gianfranco Agosti o Markus Asper.

¿Los proyectos que no se cumplen forman parte de las frases coherentes y organizadas de la Naturaleza o de las frases absurdas e ininteligibles? Quiero pensar que forman parte de los segmentos con sentido. En lo que me tocó

conocer a Mauricio puedo decir que su vida formaba parte sin duda del sentido de la Naturaleza y que la entereza, valor y buen humor mostrado ante la enfermedad que le tocó me parecieron admirables. Tengo muy claro que los buenos alumnos superan a sus maestros muy rápidamente, tanto en la escuela como fuera de ella. Esto no le gusta a muchos maestros, que quisieran absurdamente seguir en un “encima” profesional y personal. Pero la vida no funciona así. Mauricio me mostró una y otra vez en la extensa correspondencia que mantuvimos tras su vuelta a Mendoza que la perseverancia y el esfuerzo, la fidelidad a los planes establecidos y el buen humor te mantienen vivo lo más que se puede. Su último mensaje no me dejaba siquiera entrever que no volveríamos a escribirnos. Porque la filología y la vida son ambas hijas de la elegancia, y Mauricio, no lo he dicho aún, pero es muy importante, era intelectual y personalmente elegante. Una inteligencia elegante la suya, truncada por un error burdo del que no era responsable. Es que la Naturaleza a veces es poco elegante, diría tal vez Lucrecio, poco refinada, sobre todo en sus balbucesos.

Mauricio dejó avanzado un trabajo importante y, no hay que olvidarlo, concluyó una parte de él. Sólo alcanzó a publicar un artículo procedente de su trabajo de Máster, pero al menos el sinsentido esperó hasta que lo terminara, ya cuando no se sentía nada bien. Me consta el trabajo que le llevó terminar ese artículo para esta Revista de Estudios Clásicos, que era como su segunda casa, y me consta también que ni él ni yo sugerimos en ningún momento aligerar ese trabajo en vista de su situación, como tampoco consideramos en ningún momento apresurar la preparación del libro que pudo haber salido de su trabajo de fin de Máster si se le hubieran añadido el resto de los textos de Mesomedes. No le gustaban los atajos. Me alegro de que haya concluido al menos ese trabajo y de lo mucho que disfrutó con él.

Aprendí mucho de Mauricio y creo que lo sigo haciendo.

Luis Arturo Guichard
Universidad de Salamanca